

SIQUIERA
TENEMOS
LAS

PALABRAS
Ariel

Ariel

ALEJANDRO GAVIRIA

SI QUIERA

TENEMOS

LAS
Ariel
PALABRAS

Ariel

Ariel

© Alejandro Gaviria, 2019

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2019

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

Fotografías de cubierta: Liliana Toro

Diseño de cubierta: Departamento de diseño Grupo Planeta

Primera edición: abril de 2019

ISBN 13: 978-958-42-7685-8

ISBN 10: 958-42-7685-9

Impreso por: xxxxxx

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

A mis papás

Ariel

Ariel

[...] estamos al borde del vértigo, de las bombas atómicas, acercándonos a las peores catástrofes, y el libro me parece una de las armas (estética o política o ambas cosas, pues cada cual debe hacer lo que le dé la gana mientras lo haga bien) que todavía puede defendernos del autogenocidio universal en el que colaboran alegremente la mayoría de las víctimas.

Ariel

JULIO CORTÁZAR

Ariel

CONTENIDO

Introducción	15
BORGES Y EL ESCEPTICISMO	21
Borges y Conrad, la memoria y la política	23
Borges y el escepticismo festivo	31
Borges y los justos (o cómo cambiar el mundo sin quererlo)	37
JOAQUIM MACHADO DE ASSIS Y LA POLÍTICA.....	43
Machado de Assis y la reforma política.....	45
Machado de Assis y el uso arbitrario del poder...	51
Machado de Assis y la teoría del figurón	57
STANISLAW LEM Y LA BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD.....	63
Stanislaw Lem y la búsqueda de la felicidad	65
Stanislaw Lem y el pesimismo biológico.....	73
Una fábula de ciencia ficción inspirada en Lem sobre los límites de la democracia	81

ORWELL Y EL LENGUAJE POLÍTICO	87
Orwell y la corrupción del lenguaje.....	89
Orwell y las trampas del aplauso	95
George Orwell en Colombia, circa 2084: una breve historia de terror	99
JOSEPH BRODSKY Y EL LIBERALISMO	107
Joseph Brodsky y el liberalismo	109
Joseph Brodsky y los libros como seguro moral....	119
CONRAD Y GARCÍA MÁRQUEZ SOBRE AMÉRICA LATINA	123
Joseph Conrad y la política latinoamericana	125
García Márquez y la soledad de América Latina	131
NICANOR PARRA Y OTROS POETAS CONTRA EL <i>HIBRIS</i>	137
Poetas contra el <i>hibris</i>	139
Heberto Padilla y la renuncia al entusiasmo colectivo	149
Yevtushenko y la guerra	157
GRAHAM GREENE, SWIFT Y VARGAS LLOSA SOBRE EL CINISMO Y LA INDIGNACIÓN	163
Graham Greene y las buenas intenciones.....	165
Jonathan Swift y los límites de la ironía	171
Vargas Llosa y la civilización del espectáculo.....	179

KUNDERA Y OTROS SOBRE LOS LÍMITES	
DE LA POLÍTICA Y EL FANATISMO	185
Milan Kundera y el fin de la tragedia.....	187
El joven Kissinger y los profetas de la política	193
Richard J. Hofstadter y la mentalidad paranoide	197
SÁNDOR MÁRAI, ALDOUS HUXLEY Y EL FUTURO	
DE LA HUMANIDAD	201
Sándor Márai y la estupidez humana.....	203
Aldous Huxley y el optimismo (moderado).....	213

Ariel

Ariel

INTRODUCCIÓN

Vivimos en una época inquietante y contradictoria. Por un lado está el avance silencioso y persistente de la humanidad: la disminución de la pobreza, el hambre, las guerras y la mortalidad infantil; por el otro, el surgimiento de nuevos desafíos y amenazas: el aumento de la desigualdad, el crecimiento del populismo autoritario, el despertar del nacionalismo, la pérdida de confianza en las instituciones democráticas y el cambio climático que se cierne, en este comienzo de siglo, como una amenaza para el futuro de la humanidad.

Sabemos o intuimos que estamos en un punto de quiebre, en un momento de cambio, en una coyuntura global de definiciones. Esperamos —unas veces optimistas, otras veces temerosos— que la humanidad haya aprendido las peores lecciones del siglo XX: nuestra propensión a la locura, nuestra inveterada afición a *entrematarnos*, nuestras tendencias depredadoras, nuestros apetitos irrefrenables...

Por fortuna, contamos con un legado imprescindible: la poesía, las historias y las palabras; conservamos la capacidad de reflexión, raciocinio e ironía. Siquiera tenemos las palabras. La literatura no podrá salvarnos, pero es uno de nuestros principales mecanismos de defensa; un refugio, un consuelo y una forma de resistencia.

En 1993, varios años después de la caída del muro de Berlín y, con él, del comunismo europeo, en un momento parecido a este, de incertidumbre y cambios tumultuosos, el poeta ruso Joseph Brodsky (por entonces exiliado en Estados Unidos) le escribió una carta abierta al presidente de Checoslovaquia, el dramaturgo e intelectual Václav Havel. La misiva terminaba con un consejo sencillo, una invitación a compartir los libros leídos, las reflexiones y notas al margen, “porque no es precisamente en la escuela de leyes donde aprendemos de imperativos morales”. Mostrar la biblioteca y no la declaración de renta fue la sugerencia de Brodsky a su amigo.

Este libro breve y reiterativo hace precisamente eso: comparte los libros leídos y anotados (algunos frenéticamente), sobre todo aquellos que dicen algo sobre el momento actual. Algunas de las historias son prestadas, vueltas a escribir, comentadas, interpretadas, deformadas según mis gustos y propósitos. Otras, por el contrario, son nuevas, inventadas, originales, pero inspiradas por los autores mencionados. Todos le hablan desde el pasado al mundo del presente y del futuro.

El libro recoge los sesgos de mi biblioteca y de mis lecturas desordenadas. Abarca una serie de temas recurrentes:

la complejidad del cambio social, las espurias promesas de felicidad absoluta, los extravíos de los redentores de almas con sus buenas intenciones, la necesidad existencial del escepticismo, la corrupción del lenguaje político, la asociación entre fanatismo y paranoia, las tensiones entre derechos humanos y sostenibilidad ambiental, la precariedad de nuestro legado biológico...

Con todo, los diez capítulos que conforman este libro presentan una visión del mundo y del cambio social que me gusta llamar “optimismo trágico”. Una visión que parte de nuestros límites biológicos, de nuestras pulsiones negativas y de los errores de la evolución, pero no termina allí; es una visión que también refleja la importancia de la cultura, la posibilidad del progreso, la relevancia de algunas ideas y la centralidad de las instituciones humanas. Quizás estemos rotos por dentro, pero no somos un caso perdido. La redención es posible.

Como lo muestran las reflexiones aquí compendiadas, el optimismo trágico combina un moderado pesimismo frente a nuestra condición con un sosegado optimismo respecto a las potencialidades humanas, a pesar de todo: de la muerte, de nuestros apetitos insaciables, del sinsentido de la historia. Por supuesto, el paraíso es una ilusión engañosa. Pero hay salidas. Oportunidades. Resquicios. Formas reales e imaginadas de felicidad (siempre transitorias).

Este libro también quiere ir más allá de la distinción entre cultura literaria y cultura científica planteada hace ya sesenta años por el intelectual inglés C. P. Snow; de

manera deliberada, mezcla y entrelaza la literatura y las ciencias sociales; muestra (o, al menos, eso espero) que en la literatura hay una intuición, una forma de aprehender la realidad capaz de contribuir a las ciencias sociales, de complementarlas y cuestionarlas.

Respecto a los problemas de nuestro tiempo, usualmente hay dos posturas opuestas: la indignación o el cinismo. Este libro intenta, sin exageraciones, trascender esas dos posturas y contrastarlas con una postura intermedia, más reflexiva y constructiva. Trata de buscar un punto intermedio entre la rabia y la indiferencia, entre el afán destructivo y la pasividad complaciente, sin dejar de lado la mal entendida ironía.

Ariel

A mediados de septiembre del año pasado, un sábado en la mañana, llegué muy temprano al aeropuerto de Bogotá. Tenía una presentación en la Feria del Libro de Cali y no quería pasar apuros. El avión tuvo un pequeño retraso a causa de un asunto rutinario, un pasajero ausente. “Roberto..., favor presentarse en la cabina”, dijeron los auxiliares varias veces. Yo estaba concentrado en mis asuntos y no puse atención al apellido.

Aterrizamos en Cali unos minutos después de la hora programada. El conductor que debía recogerme llegó media hora tarde, exasperado, quejumbroso del tráfico y de la vida. Tenía dos carteles escritos a mano, uno de ellos con mi nombre. Salimos hacia el carro, una camioneta blanca,

pero él se veía ansioso. Sin mediar palabra, regresó a la salida de los vuelos nacionales. “Falta alguien que venía en el mismo vuelo”, me dijo. El otro cartel decía “Roberto...”.

Volvió después de varios minutos, resignado, y arrancó con el cupo a medias. Su teléfono no paraba de sonar. Alguien preguntaba por Roberto. “No llegó, nunca apareció”. La llamada se repitió tres o cuatro veces. Pasado un tiempo, el teléfono dejó de sonar. No había nada que hacer. Viajamos en silencio, imbuidos en nuestras cosas.

Media hora después arribamos a un hotel en el centro de la ciudad. El conductor seguía preocupado por el pasajero ausente. “Nunca apareció el otro señor, Roberto Burgos”, explicó de manera defensiva. “El escritor Roberto Burgos Cantor murió hace unos días”, aclaró uno de los organizadores de manera precisa. Su ausencia, entendimos, estaba más que justificada. Al parecer, la realidad no consentía su muerte. Después de morir, uno sigue viviendo por un tiempo en registros, carteles y parlantes. La inercia de las cosas.

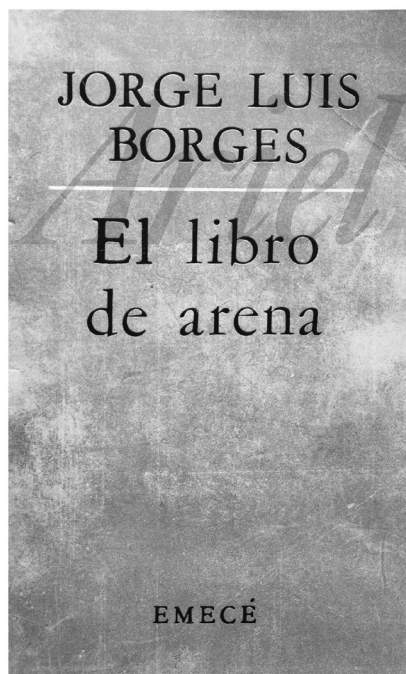
Un mes antes habíamos llegado juntos a la Feria del Libro de Bucaramanga. La logística funcionó sin tropiezos. Ese día lo vi por última vez pero no pudimos hablar. Me habría gustado oír sus historias, preguntarle varias cosas. Me quedó esta historia de fantasmas. Así es la vida: nos consuela con algunas coincidencias.

Después de leer en Internet la historia de este desencuentro, el poeta Federico Díaz Granados me escribió un pequeño mensaje, una elegía en miniatura que terminaba diciendo: “siquiera tenemos las palabras”.

Las palabras nos consuelan, nos abren la mente, nos mantienen despiertos, nos preparan para la resistencia... Este libro es una celebración de las palabras y los libros en un momento histórico peligroso. Nada más.

Ariel

BORGES
Y EL ESCEPTICISMO



Ariel

BORGES Y CONRAD, LA MEMORIA Y LA POLÍTICA

En sus últimos años, en Ginebra, una de sus tantas patrias, Jorge Luis Borges recordaría la hondura de una tarde remota, “las verjas de un jardín junto al ocaso”. Este recuerdo aparece en *Haydée Lange*, uno de los cuarenta y tantos poemas que conforman *Los Conjurados*, su último libro de poesía.

El cristal del espejo que te aguarda,
tus ojos que miraban otras cosas,
el marco de una imagen que no veo,
las verjas de un jardín junto al ocaso,
un dejo de Inglaterra en tu palabra,
el hábito de Sandburg, unas bromas,
las batallas de Bancroft y de Kohler
en la pantalla silenciosa y lúcida,
los viernes compartidos. Esas cosas,
sin nombrarte te nombran.

Sesenta años atrás, en *Fervor de Buenos Aires*, su primer libro de poesía, Borges había mencionado a Haydée Lange en un breve poema, *Llaneza*, que inicia con la misma verja y el mismo jardín:

Se abre la verja del jardín
 con la docilidad de la página
 que con frecuente devoción interroga
 y adentro las miradas
 no precisan fijarse en los objetos
 que ya están cabalmente en la memoria.

Google *el memorioso* nos da algunos detalles sobre la vida de Haydée Lange. Vivía con su hermana Norah “en una casa situada en el borde de la ciudad, desde donde, a la hora del crepúsculo, se podía ver cómo el sol se ponía limpiamente en el horizonte”. Las dos muchachas eran altas, de ascendencia noruega. Tenían refinados gustos literarios. Borges las visitaba los viernes al final de la tarde. Norah escribió un libro de poemas adolescentes que Borges prologó amistosamente, sin ironías. En el prólogo, el primero de los cientos que escribiría durante su larga vida de comentarista literario, aparecen de nuevo la casa, la verja y el jardín: “una quinta que no demarcaré con mentirosa precisión topográfica y de la que me basta señalar que está en la hondura de la tarde”.

Google también nos muestra una fotografía en blanco y negro en la que aparecen dos figuras sonrientes: un

hombre de baja estatura, con un saco cruzado, boina y barba tupida, y una mujer mucho más alta, vestida de blanco y con un sombrero de grandes alas levemente inclinado. En la parte inferior de la foto, en una caligrafía legible y de trazos inseguros, hay una inscripción que dice: “Haydée Lange y Georgie de barba”. La foto data de finales de los años treinta, más de una década después de la publicación de los primeros poemas de *Georgie*.

EL LIBRO

Un sábado de hace varios años —cuatro o cinco, ya no recuerdo—, en medio del desvelo ya rutinario, saltando de un sitio a otro en Internet, llegué a la página de una tienda de antigüedades en Buenos Aires, Argentina. Encontré una edición maltrecha y apolillada de la célebre novela *El agente secreto* de Joseph Conrad. El dueño de la tienda llamaba la atención sobre una curiosidad con algún valor comercial: el libro había sido parte de la biblioteca de Jorge Luis Borges. Decidí comprarlo. No costaba mucho más que un libro nuevo y no parecía muy deteriorado. Las cosas mueren más despacio que los hombres; por eso se convierten en recuerdos.

Dos semanas después llegó un paquete con el libro envuelto en papel burbuja, sin notas ni explicaciones. En la última página, en una caligrafía diminuta, está la rúbrica de su antiguo dueño con la característica T al revés. Hay también referencia del tiempo y el lugar: 1948, Adrogué.

Jorge Luis Borges, 1948, Adrogué.

Al final de su vida, Borges escribió una especie de autorretrato breve en forma de poema que contiene una alusión a Conrad:

Haber vuelto a contar historias antiguas.

Haber ordenado en el dialecto de nuestro tiempo las cinco o seis metáforas.

Ser ciudadano de Ginebra, de Montevideo, de Austin y (como todos los hombres) de Roma.

Ser devoto de Conrad.

Ser esa cosa que nadie puede definir: argentino.

Ser ciego.

Borges había leído *El agente secreto* en su juventud. En 1937 publicó un breve comentario de la película *Sabotaje*, de Alfred Hitchcock, una mala adaptación de la novela, en su opinión. Borges cita un largo pasaje de la obra original y compara la profundidad psicológica de Conrad con la torpeza sentimentalista de Hitchcock. Borges, como Kundera y otros, no soportaba que las grandes obras de la literatura fueran convertidas en fábulas aleccionadoras.

El agente secreto trata de una fallida conspiración para dinamitar el observatorio astronómico de Greenwich, en el Londres de finales del siglo XIX. Después de los ataques

a las Torres Gemelas, en septiembre del 2011, académicos y columnistas del mundo anglosajón desenterraron la novela de Conrad y elogiaron su lucidez para describir la mentalidad terrorista: “impermeable al miedo, carente de la gran virtud social de la resignación”, enferma de intolerancia...

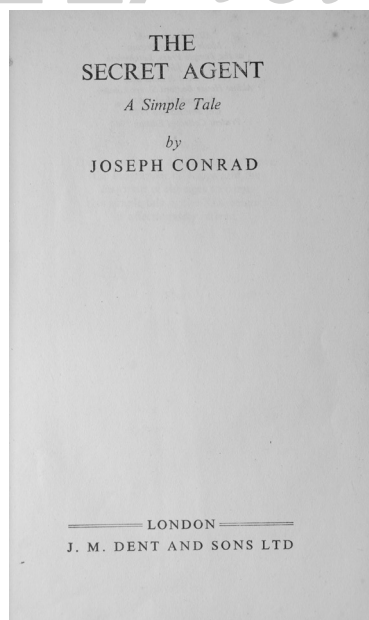
En *El agente secreto*, la mayoría de los rebeldes son también fanáticos impulsados por el odio, con personalidades narcisistas empujadas por la vanidad. Los más ardientes revolucionarios —como muchos políticos— obedecen primordialmente a impulsos personales disfrazados de convicciones. Conrad describe, sin proponérselo, una mentalidad destructiva, tan común en la política, que combina vanidad, odio acendrado y un rabioso sentido de la justicia.

Al mismo tiempo, Conrad detalla, con perspicacia sociológica, las creencias de las clases medias, sus volátiles sentimientos: basta una amenaza externa —así sea inventada—, un poco de miedo, para hacerlas renunciar a su libertad. En la novela, un espía de Rusia (*of all places*) llama la atención de Mr. Verloc, el protagonista, sobre el apego sentimental de los ingleses por la libertad y sugiere, como tantos otros lo han hecho, que el liberalismo es una ilusión pues los seres humanos aman la servidumbre y buscan, como animales asustados, un refugio seguro en la autocracia.

No quisiera caer en fórmulas gastadas. Ya muchos comentaristas han señalado la clarividencia de la novela de Conrad. Pero el mundo actual, con los brotes populistas de

este comienzo de siglo, parece combinar el antiliberalismo de las clases medias y el delirio de líderes destructivos: uno y otro se reflejan mutuamente. “La realidad no soporta una mirada escrutadora”, dice uno de los protagonistas de *El agente secreto*. Tan cierto ahora como entonces.

El agente secreto no es una novela optimista: el único personaje moralmente respetable —un muchacho con problemas mentales que no soporta el dolor de sus semejantes ni el maltrato a los animales— termina despedazado por accidente en un fallido intento por dinamitar el observatorio astronómico de Greenwich. “La historia la hacen los hombres, pero no con sus cabezas”, escribe el narrador al final de la novela. La advertencia no está de más. Esa forma de pesimismo lúcido de Conrad algo dice sobre las posibilidades y dificultades del cambio social.

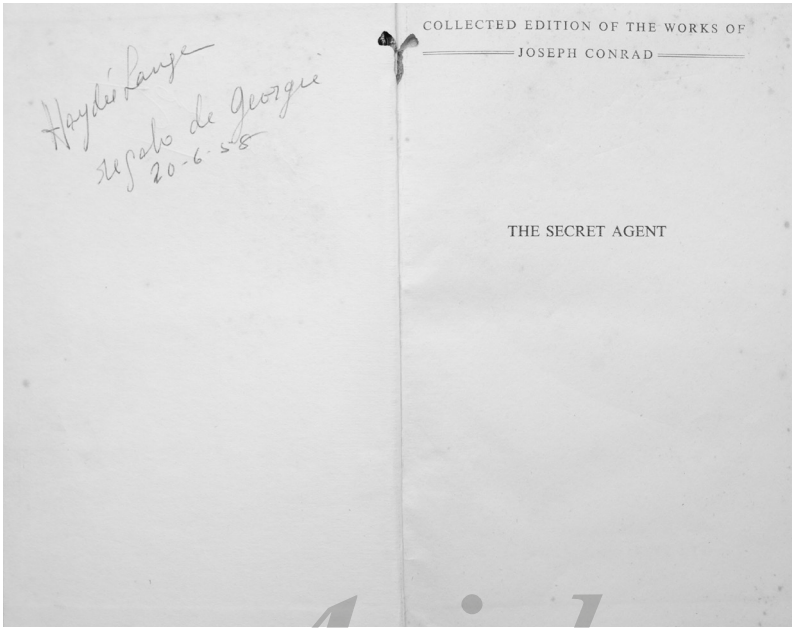


EL REGALO

El libro de Borges no tiene dobles ni subrayados ni comentarios al margen; no parece haber sido manipulado en exceso. Durante diez años hizo parte de la biblioteca del poeta escéptico. Después cambió de manos y fue a parar a otra biblioteca de la misma ciudad de Buenos Aires, la de Haydée Lange, la amiga de *Georgie*.

Al principio no lo noté, pero varios días después de recibir el libro, me percaté de algo que conecta las dos historias contadas. El libro está firmado en la primera página, con letras grandes, conspicuas, que contrastan con la marca diminuta y tímida del poeta. En la segunda página se repite el trazo decidido, con un detalle adicional sobre el origen del libro: “Haydée Lange, regalo de Georgie, 20-6-58”, dice la inscripción. La caligrafía es la misma que aparece bajo la foto de la mujer de blanco y el hombre con barba.

Al final de su vida, en 1984, Borges confesó un sueño en el que conversa con Haydée Lange en un restaurante del centro de Buenos Aires: “De pronto recordé que Haydée Lange había muerto hace mucho tiempo. Era un fantasma y no lo sabía. No sentí miedo; sentí que era imposible y quizá descortés revelarle que era un fantasma, un hermoso fantasma”.



Ya todos ellos son fantasmas, recuerdos que se desvanecen. Conrad murió en 1924, el mismo año en el que Borges conoció a Haydée Lange. Quedan varios poemas, algunos libros, unos pocos recuerdos. Y la persistente locura de algunas empresas humanas.